

LA MUJER BARBUDA

Suplemento Cultural de La Voz del Tajo. Año II. Nº 39. 2 de Marzo de 1985.

El último suceso de nuestro jefe de redacción

Otra vez se me ha vuelto a aparecer el poeta G.A.C.

AMADOR PALACIOS

Desde hace año y medio no había vuelto a venir. Ahora lo ha hecho oportunamente, coincidiendo con la celebración del Carnaval, fundiéndose, así, en el juego supremo de la simulación, esencialmente afín a la fiesta.

Estaba sentado unas gradas más abajo que yo, en el recinto bullicioso de una plaza de toros

con aire de anfiteatro romano, donde, entre un público asombrado, aplaudíamos un ruidoso desfile de comparsas. A pesar del ambiente, puramente festivo en apariencia, nos rodeaba a todos una tensión inaprehensible, subrepticia, sutil. El motivo era, ahora lo medito, la constante, aun disimulada, referencia de la

muerte, referencia que se iba acrecentando a medida que los minutos se superponían en aquel desarrollo espectacular.

G.A.C. vestía, como la vez anterior, un traje gris a cuadros, aunque esta vez no tan llamativo, y había adelgazado considerablemente; donde más se notaba esta delgadez era en su rostro, exageradamente enjuto; su mirada, como corresponde a un muerto con casi cuatro años de experiencia, era serena y tal reposo lo asumió benefactoramente mi estado de ánimo de aquel momento.

Yo deseaba conversar animosamente con él, hablarle de sus fragmentos póstumos, debatir mi reciente volumen "G.A.C., su continente y su contenido", pero G.A.C., aun siendo cordial, afable y respetuoso, mantenía hacia mí cierta distancia y parecía interesarle poco mi entusiasmo por su venida, las muestras de mi admiración hacia su persona y obra y el curso lento de su creciente y afianzada bibliografía. Ahora pienso que la pretensión de G.A.C. al abandonar efímeramente sus trasmundos era la de hacerse pasar por un vivo anónimo y mantener conversaciones intrascendentes con sencillos desconocidos, cosa que conmigo no podía conseguir. De todos modos, no quería herir mi actitud de ilusión por habérmelo encontrado y sus respuestas eran amables como suaves las excusas que interponía en la inquietud de mis preguntas.

Seguimos asistiendo al espectáculo que, entre armónico y desarmónico, transcurría en el redondel, fumando cigarrillos y dispersando, cada vez más, una conversación que no iba a parar a ninguna conclusión sustanciosa.

Estuve a punto, en algún instante, de despedirme de él y subirme a la grada donde al principio estaba sentado. Su educación me lo impidió.

La fiesta carnavalesca, por otra parte, iba adquiriendo algo así como inconscientes pinceladas trágicas. Intercambié miradas con más caras hieráticas que me produjeron principios de terror. Toda la simulación del espectáculo era monotemática (la muerte) y todo él era ya un simulacro funeral. Sonaba una música de instrumentos de viento, consustancial a un ceremonioso cortejo fúnebre y me pareció que los cadáveres utilizados en esa lúbrica y ebria teatralidad eran auténticos, los verdaderos fallecidos de ese día.

Había pasado ya un semi-incómodo tiempo de silencio en nuestra deshilvanada conversación, cuando comencé a inquirir a G.A.C. sobre su condición de aparecido. Me dijo —ya parecía menos tenso conmigo, por fin algo más explícito— que había venido de visita en cuerpo y alma. Toca, toca, me dijo, señalando su brazo, soy real, tengo ahora mismo músculos y vísceras. ¿Y si yo ahora sacara un arma de mi bolsillo, pregunté, y apuntase directamente a tu corazón? No, hijo, respondió, ¿cómo vas a matar a un muerto? Soy, en esta situación, cómplice de un extraño azar que ni tú, ni yo incluso, comprendemos, el cual impide que suceda nada que altere mi estado; tengo salidas que sólo un muerto tiene, resortes que puedo accionar e, incomprensibles para tí, escaramuzas de las que me puedo valer automáticamente.

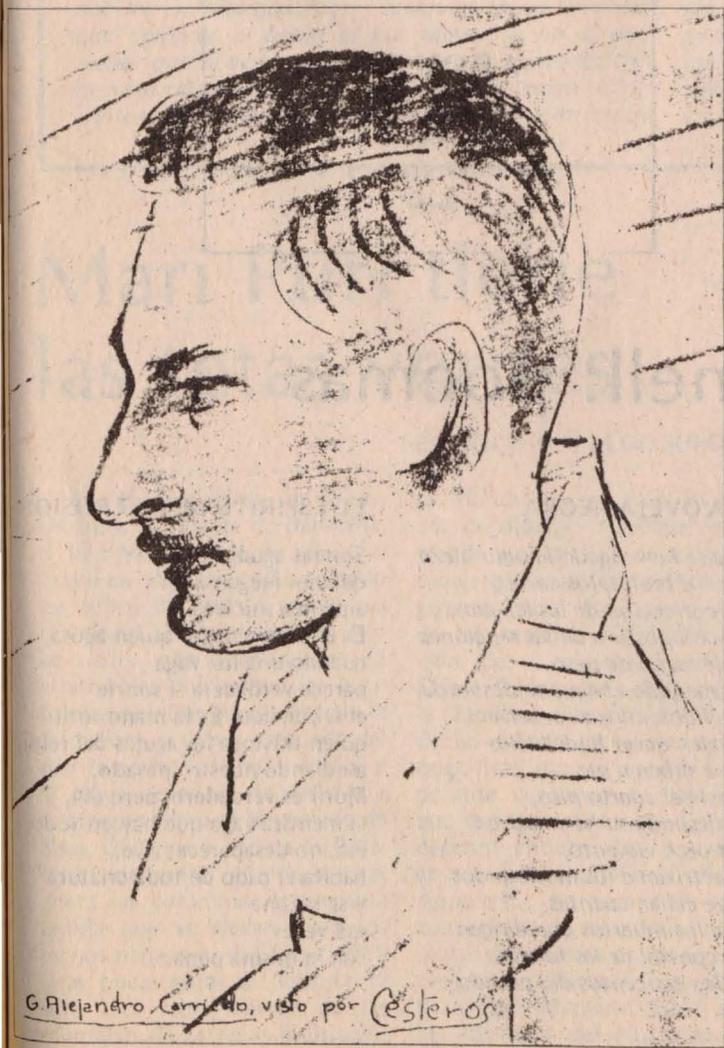
¿Dónde moras?, volví a inquirir, ¿cerca, lejos? Ni cerca ni

lejos, no es cuestión de distancias, sólo se trata de sutiles barreras que tú aún no puedes franquear y yo sí, aunque no siempre. Ahora que estás muerto, ¿se te ha aclarado, insistía yo con avidez, la confusa idea que los vivos tenemos de Dios? Mira, hijo, el hecho de ser un difunto no significa que mis conocimientos hayan mejorado, sólo me beneficio de la buena perspectiva, la saludable forma de estudiar las cosas que me da el cambio de dimensión. Te voy a hacer una íntima confesión: los que nos encontramos en el estado que yo me encuentro no nos comunicamos entre sí, ni siquiera nos conocemos, aunque nos intuimos; pero creo que, por lo menos yo, estamos muy a gusto así, porque la comunicación es para los vivos, no para los muertos. Lo que ocurre es que, como pasaba antes de nuestro deceso, sentimos fuertes añoranzas y, si el destino lo permite, nos damos una vuelta por aquí para ver que todo sigue en orden y que la cocina está recogida y que no gotean los grifos. Con respecto a Dios, sólo te puedo decir que, en este tema, soy tan ignorante como tú; personalmente asocié a Dios con la armonía de lo vivo, nada más, y nosotros, en gran parte, aunque carentes de vida biológica, también participamos, aunque sólo por un resabio inteligente, del entramado de la vida. No sé todavía con certeza qué es Dios, si es algo concreto o ubícuo, si es lo contrario de la nada o es también hacedor de ella. Sólo sé que, como el tuyo, mi estado también es provisional, aunque voy en camino, más adelantado que tú, no sé si a la perfección, pero sí a mi total definición, sin las trabas del cuerpo y de un entomo artificial, como es tu caso.

Después de esta larga respuesta de G.A.C., quise concluir: ¿De qué manera te vas a marchar ahora? Calla, hijo, calla; ni yo te lo sabría explicar ni tú lo comprenderías.

Esto último me sonó a invitación para separarme de su lado sin decir una sola palabra de despedida. Y así lo hice.

Terminé esta secuencia de mi vida arrojándome al ruedo, a jugar a la muerte, con los vivos.



G. Alejandro Carriello, visto por Cesteros

Los hijos de Caín

El "Viaje al fondo del mar", de Raúl Carbonell

FRANCISCO LOPEZ

"El mar es un antiguo lenguaje que yo no alcanzo a descifrar", diría Jorge Luis Borges en uno de sus versos. Y sin embargo, desde los Argonautas y Hesíodo, Homero y Virgilio, "el mar es un antiguo lenguaje" en constante interpretación a través del mito y la leyenda, o, lo que es lo mismo, a través de la imaginación y la poesía.

Raúl Carbonell (Valencia, 1950), manchego de adopción en Valdepeñas, sintió un buen día la llamada del mar, del mar de Levante. Plenamente decidido preparó el viaje, se puso en camino y acudió a la cita. A su regreso se trajo el Mediterráneo a la meseta. Y hoy, este joven poeta ya tiene en "Viaje al Océano" (1), como lo tuvo Neruda, el mar frente a su ventana. Asomarse es descubrir el contenido y la forma de su lenguaje.

MAR DESEADO Y DESEANTE

"Si el alba crece" es el inicial y único poema de la primera parte de este libro, denominada "Origen". Estamos, pues, en el principio de

un amanecer diferente, presas las viandas para el camino que ha de conducirnos al mar en un plural compromiso. No en vano la primera persona gramatical es la protagonista de estos versos: "Nosotros". Esta es la palabra que abre este primer poema y la que habrá de repetirse, con significativa insistencia, a lo largo del mismo:

Y el día y la muerte, —nosotros—
y la luz, el alba y nosotros.

El lector inicia, por tanto, "el viaje" colectivo del poeta, acompañado de sus mismas soledades e impresiones, de ignorancias ajenas, de esperanzas y deseos compartidos junto a la reiterada imagen de una solidaria naranja seccionada. De esta forma, la naturaleza se revela distinta a los ojos que la observan y sienten a cielo descubierto, receptores de equilibrio, mientras la muerte acecha a lo creado.

Raúl Carbonell conoce los secretos de la palabra, del

ritmo interior del verso, de la armonía musical del poema que, en su caso, goza de sustantivas descripciones e imágenes, procurando evitar el fácil recurso del adjetivo. "Viaje al océano" es un libro unitario sobre la inmensidad de la belleza del mar, estructurado según las sucesivas y complementarias fases de nuestro ciclo vital. Pero también, y fundamentalmente, es un himno de dolor ante la destrucción ("ellos no comprenden a Caín"), ante la falta de transparencia de unas aguas que ya no surcan los delfines marinos de aquellas hijas de Nereo. "Queremos entender" —dice el poeta— y no "pasar por alto la tragedia", pues "queman en la garganta las palabras". He aquí la voz de alerta de un posible naufragio, de no evitar el estertor moribundo de los peces bajo la "piel tatuada" de las olas. Recuérdese que en los versos de Valerio Flaco se nos mostraba el asombro de los dioses ante el reto del hombre hacia el mar. Pero hoy es diferente el desafío: la muerte del mar traerá consigo la muerte inevitable

del verdugo. De ahí que este reciente "Viaje al océano" enlace con la tradición poéti-

ca del mar, en un intento —loable y alcanzado— de interpretar la actual existencia de su agónico lenguaje.

Es cierto que "escribir es la huella en la arena". Pero cuando se hace con la honestidad y el buen hacer poético de Raúl Carbonell, es difícil que las pisadas se borren con premura. En todo caso, o sin antes haber favorecido el relevo a otros nuevos caminantes. Entonces, solo entonces, habremos comprendido:

... cómo el amor se destruye y regenera, cómo la cadena se extiende, y de tu fin nacen otros principios, otras iniciativas, otros viajes que en el alba crecen y en un nuevo principio, terminan.

(1) "Viaje al Océano". Raúl Carbonell. Adonais. Ediciones Rialp, Madrid, 1984.



Raúl Carbonell: poemas

CUERPO SIN MENTIRAS

No hay engaños en el himno que sugieren tus acciones: El cielo protege los lugares donde la hierba se inventa a sí misma. Nada espera la gacela que se asombra del secreto de tu puño. Una hoja de oscuridad, una semilla sin pasiones; una sorpresa alada... ¡tantas, tantas cosas personales puede esconder la mano cerrada! De las rocas brotará el amigo inesperado, y tampoco debe ser confundido con las tretas de la fantasía. No, no hay engaño, no en la voz que te descubre.

LA OVEJA NEGRA

Ya se ha vengado la naturaleza de los bretes, los corsés, la corrección de las lenguas, la compostura de las religiones y la razón de peso. A menudo el agua se desborda y el dominio se revuelve: suelen nacer hijos bellos que suben a pie hasta el cuarto piso, y desnuda su hermosura de orck violento, electrizan a los moribundos que echan cuentas, y a los muertos que dirigen el control de las formas y los conceptos del pecado.

EL ESPIRITU DE LA EROSION

Son las aguas quienes juegan a ser amantes suicidas. Es el pájaro negro quien acosa, cuando una luz vaga parece verdadera si sonrío el ser amado. Es la mano sutil quien trastoca las agujas del reloj, asediando nuestro pasado. Morir es verdadero, pero ésa, la mentira vaga que hay en todo, ésa, no desaparece; vive, habita el oído de toda criatura y se razona mil veces con la misma pena.

COLECCION MIRADERO

- 1. VIDA Y OBRA DEL GRECO, José Gómez-Menor ... 400
- 2. LOS CIGARRALES DE TOLEDO, A. Martín Gamero (1857) ... 475
- 3. TOLEDO Y SU RIO, Luis Moreno Nieto ... 400
- 4. TOLEDANIDAD, Guillermo Santacruz ... 475
- 5. TRADICIONES Y RECUERDOS DE TOLEDO, Juan Moraleda y Esteban... 475
- 6. DE VIEJOS Y OTRAS HISTORIAS, Luis Alfredo Béjar ... 475
- 7. REFLEXIONES MILITARES SOBRE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA, José Miranda Calvo... 475
- 8. EL CASCO HISTORICO DE TOLEDO: ¿UN ESPACIO URBANO VIVO?, M. Antonio Zárate Martín y Alfonso Vázquez González... 475
- 9. APUNTES SOBRE UN LUSTRO DE HISTORIA RECIENTE, Gonzalo Payo ... 475

COLECCION NUEVO RIO TAJO

- 1. LOS RESTOS DE DOMINICO THEOTOCOPULI, «EL GRECO», Guerrero Malagón, con dibujos... 500
- 2. LEYENDAS TOLEDANAS (ilustradas) ... 600

COLECCION RELATO

- 1. EL CAMBIAZO, Oscar Pin... 600
- 2. HABANERA NOCTURNA, Fernando de Giles ... 700

LIBRERÍA

Gómez-Menor

EDITORIAL Zocodover TOLEDO

Calle Comercio, 43
Teléfonos 22 13 69 y 22 91 62
TOLEDO



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

Polvos de momia

Hace unos meses, cuando curioseaba en la tienda de un anticuario del Greenech Village neoyorquino, me llamó la atención un tarro de botica de porcelana blanca decorado con dibujos azules en cuya panza estaba escrita la palabra Mummy. Había a su lado otros tarros del mismo juego en los que se leía Foeniculum (hinojo), Potentilla (tormentilla), Senecio (en español, hierba de Santiago) y los nombres de otras plantas medicinales. Ni en el célebre herbolario Nicholas Culpeper, cuya primera edición es de 1652, ni en ninguno de los que han caído bajo mis miradas, curiosas de cuanto se refiere al reino vegetal, he visto referencias a ninguna planta que se llame mummy, es decir, momia.

“¿Dónde ha encontrado usted estos tarros?” pregunté al dueño del establecimiento, que se había mantenido a una prudente distancia de mí. “Me los trajo una señora de Poughkeeps, que es una ciudad cercana a Nueva York. Lo que no puedo decirle es de dónde los sacaría ella. Es muy posible que los heredase”. Como el anticuario me parecía propicio para el diálogo, le pregunté si sabía qué clase de hierba era la momia y cuál era su aspecto, a lo que, mirándome primero con desconfianza, como si sospechase que quería burlarme de él, y después con semicerrados ojos de guasa, me respondió: “Seguramente tendrá el aspecto de una hierba seca, y lo más probable es que se críe en el delta del Nilo”. En vista de lo cual, y no queriendo prolongar una conversación que no me imaginaba cómo podría terminar, me despedí cortésmente sin haber preguntado el precio de aquellas vasijas.

Casi todos los diccionarios de lenguas modernas que he consultado para satisfacer mi curiosidad se limitan a decir que una momia es lo que todos sabemos. La única excepción es la Enciclopedia del idioma de Martín Alonso, la cual dice que momia es un betún con que los egipcios embalsamaban los cadáveres y añade, en el artículo “momio”, que carne momia es “la parte escogida y sin hueso”. Como no me pareció natural que se vendiese carne en las farmacias, por muy escogida y buena para la salud que pudiese ser, di por resuelto el problema pensando que el tarro que me lo había planteado fue fabricado para contener aquella clase de betún.

Tal vez. Pero ¿cómo no me había dado cuenta de que los embalsamadores de cualquier época tendrían que comprar el betún al por mayor, y no al por menor que se desprendía de la reducida capacidad del dichoso tarro? No voy a impacientar al amigo lector contándole cómo y dónde he leído libros y artículos

de egiptólogos, de filósofos, de teólogos, de médicos y de viajeros y lo que he ido averiguando en cada uno ellos, y me limitaré a darle cuenta del resultado global de mis averiguaciones: los polvos de momia, fabricados mediante la molienda de los cadáveres del antiguo Egipto, fueron muy usados por la farmacopea, por lo menos desde el siglo XII, en el que los médicos árabes empezaron a alabar sus virtudes, hasta bien avanzado el XVIII. Se parecen mucho a la pez griega y eran una de las drogas más corrientes de las boticas europeas, sobre todo de las francesas. Los facultativos los prescribían para curar magulladuras, cicatrizar heridas, reducir fracturas en pocos minutos, y también como elixir de larga vida. El filósofo inglés Francis Bacon, que murió un año antes que don Luis de Góngora y fue uno de los fundadores de la ciencia experimental, escribió que los polvos de momia eran tan buenos para restañar heridas porque los bálsamos que usaban los momificadores eran glutinosos y poseían una misteriosa propiedad que, al cabo de los milenios, hace que se contraigan los tejidos vivos.

Como la materia prima era abundante, pues según ciertos egiptólogos fueron momificados en Egipto unos setecientos treinta millones de cuerpos humanos entre el año 4000 antes de Cristo y el 700 de nuestra era, el comercio de momias, que comenzaba por la violación de los sepulcros, fue muy floreciente y no dejó de serlo cuando las autoridades turcas lo prohibieron y mandaron que se vigilasen estrechamente los enterramientos, pues los más celosos y honrados comerciantes se dedicaron a fabricar momias con los cadáveres de los mendigos, de los pobres muertos en los hospitales y de los criminales ajusticiados. Los rellenaban de betún, los ponían a secar al sol y, cuando estaban secos, los molían cuidadosamente. O bien los llenaban de betún, los vendaban y los homeaban para poder reducirlos a polvo con menos trabajo. Sobre estas prácticas advertía a sus lectores la Enciclopedia Británica en su edición de 1771. Y lo cierto es que durante el ilustrado siglo XVIII empezó a decaer el uso medicinal de los polvos de momia.

El anecdotario en torno a estas prácticas sanitarias, que algo tendrían, a mi entender, de mágicas, es bastante nutrido y desconcertante. Francisco I de Francia —el rey que, por razones altamente esotéricas, se hizo retratar en figura de andrógino, a pesar de que era un muy cumplido y valeroso varón— llevaba siempre consigo un paquete de medicina egipcia mezclado con polvos de ruibarbo para el caso de sufrir una caída o el de ser herido en combate, y el capellán de la reina Catalina de Médicis, André

Thevet, se confabuló, en ocasión de su viaje por Egipto en 1549, con dos médicos venecianos con objeto de profanar unas cuantas tumbas en busca de la eficazísima medicina.

Aunque las historias de polacos son muy frecuentes entre nosotros desde hace unos cuantos años, no me resisto a resumir la que cuenta Louis Pernicher en su Tratado de los embalsamamientos, publicado en 1699, según la cual un polaco que había comprado las momias de un hombre y una mujer, las descuartizó para meterlas en unos cajones y se embarcó con ellas rumbo a Europa. En el transcurso del viaje, estallaron dos terribles tormentas durante las que los espectros de ambas momias se presentaron a la tripulación, con la consecuencia de que el polaco arrojó al mar su macabra mercancía, no sin explicar a continuación que, según los teólogos cretenses, era lícito a los cristianos traficar en momias en pro de la salud de sus semejantes, y que la Iglesia aprobaba semejante comercio, cosa que uno no sabe si tomar en serio.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que, una vez desplazados los polvos de momia por otros productos de la farmacopea moderna, empezaron a usarse como abono en Inglaterra y que, en 1801, el industrial norteamericano Augustus Stanwood, de Maine, importó un cargamento de momias egipcias y fabricó con sus vendajes un papel de envolver que tuvo un gran éxito de venta. Pero cuando, pocos años después, se declaró en Nueva Inglaterra una epidemia de cólera, la sospecha de que la hubiera provocado el manejo del papel de momia hizo que el negocio de Stanwood sufriera un duro golpe, no obstante lo cual continuó fabricándose aquella clase de papel en la ciudad de Nueva York, según demuestra un artículo publicado en el Daily Standard del 19 de agosto de 1856, en el que su indignado redactor se preguntaba: “¿Hay algo que pueda ilustrar mejor el carácter práctico de estos tiempos y el agudo materialismo de Norteamérica?”.

El periodista se refería, naturalmente, a la persistencia en fabricar papel con los vendajes de las momias desenterradas, y ya se sabe que las preguntas retóricas no requieren contestación. Lo que sí puede decirse es que el conservadurismo cultural debe de ser muy tenaz en aquel gran país, puesto que, como hacen notar James E. Harris y Kent R. Weeks en su libro X-raying the Pharaohs (Los faraones bajo los rayos X), publicado en 1973, todavía hay farmacias neoyorquinas que venden a los brujos genuino polvo de momia a cuarenta dólares la onza.

Mari Puri tiene las tetas verdes

FEDERICO GALLEGO RIPOLL

En el Negociado de Sisas, Diezmos y Tercias de Barataria, el tiempo no existe, ni creo que exista en toda la ínsula. Cuando los tubos de neón disparan sus cebadores, devenidos por un morde nada sabe quién o qué en infatigables chicharras, los alcahaleros piensan que ha llegado la primavera, y que al otro lado del mar la noche se llena de ruidos y la playa de restos de caricias y naufragios. Pero el Negociado de Sisas, Diezmos y Tercias de Barataria, atemporal y frío, apenas altera las columnas de nicotina ardida que se elevan hasta los techos pajizos ni varía, merced a unas pocas gotas de lavanda, el acre olor que emerge de las montañas de carpetas multicolor

res donde duermen las deudas de hidalgos y pecheros. La blanda arquitectura del viejo Alcabalero Mayor, como un yogur gigante, pasea su incontinencia de los martes, día de medicación, de su mesa al retrete, de Caja a Teleproceso, del archivo a la taquilla donde guarda el frasco de las píldoras y las fotos pornográficas que su esposa no le permite conservar en casa porque es bien sabido que la gente decente entierra sus guarrerías en el confesonario o la oficina. Aprovecha, de paso, para rozar con su vista de reloj daliniano las piernas enfundadas en medias con costura de Maripuri y su carita de nácar y Margaret Astor, pues las epsilonas del Negociado de

Sisas, Diezmos y Tercias de Barataria sólo tienen piernas y rostro, ocultas como se hallan bajo montones de expedientes y aromas almizclados que brotan de la moqueta o del aliento de los deudores rícohombres, más rancios de oxidación que de abolengo.

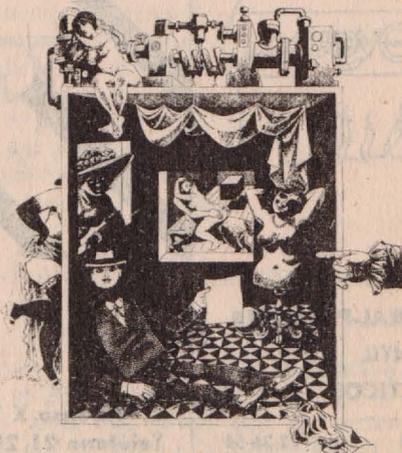
Maripuri tiene las tetas verdes, como los expedientes que la cubren, como sus ojos, verdes, como el tiempo verde inexistente y los escalofríos de los alcabaleritos jóvenes, los que aún no llevan en la Institución más de doscientos años y todavía piensan en el milagro de la doble lotería de esos globos intocados.

Maripuri cristaliza en la sonrisa del Alcabalero Mayor, acueducto de antiguos regímenes compuesto de apellidos y descompuesto de esfínteres, de igual modo que en las mentes de los operadores rojos, que tiemblan al pensarse robando sandías los más burdos, o tremolante bandera portuguesa los más líricos.

Hermoso instante el que acontece: las manos detenidas igual que el tiempo mientras las mentes vuelan como si hubiera vida por el aire.

Pero poco duran en Barataria milagros y primaveras. El viejo Alcabalero Mayor, identificando su atípico inicio de erección con el zumbido de los cebadores y las tetas de Maripuri en este

martes de noviembre, vigésimo día del mes, tan dado a la meditación y al recogimiento, ordena sea desconectada la energía y sume al Negociado en la oscuridad más absoluta. Total, para lo que se hace (piensa). Y esta noche, disciplinas. Y el lunes, para todos, ejercicios espirituales. (Menos para Maripuri... que es tan rica...)



Celedonio Perellón

